

## *Dossier Chávez*



El *dossier Chávez* que a continuación se reproduce está compuesto por las siguientes 7 contribuciones:

1. Gabriel García Márquez: “El enigma de los dos Chávez” (1999)

2. Rafael Poch, “Chávez y Yeltsin”

3. Boaventura dos Santos: “Chávez, el legado y los desafíos”

4. Greg Grandin: “El legado de Hugo Chávez”

5. Miguel Bonasso: “Chávez y los Kirchner”

6. Owen Jones: “Chávez fue democráticamente elegido el campeón de los pobres”

7. Mark Weisbrot: “El legado económico de Chávez”



**1.- Gabriel García Márquez: “El enigma de los dos Chávez” (1999)\***

Carlos Andrés Pérez descendió al atardecer del avión que lo llevó de Davos, Suiza, y se sorprendió de ver en la plataforma al general Fernando Ochoa Antich, su ministro de Defensa. ¿Qué pasa?, le preguntó intrigado. El ministro lo tranquilizó, con razones tan confiables, que el presidente no fue al Palacio de Miraflores sino a la residencia presidencial de La Casona. Empezaba a dormirse cuando el mismo ministro de Defensa lo despertó por teléfono para informarle de un levantamiento militar en Maracay. Había entrado apenas en Miraflores cuando estallaron las primeras cargas de artillería.

Era el 4 de febrero de 1992. El coronel Hugo Chávez Frías, con su culto sacramental de las fechas históricas, comandaba el asalto desde su puesto de mando improvisado en el Museo Histórico de La Planicie. El presidente comprendió entonces que su único recurso estaba en el apoyo popular, y se fue a los estudios de Venevisión para hablarle al país. Doce horas después el golpe militar estaba fracasado. Chávez se rindió, con la condición de que también a él le permitieran dirigirse al pueblo por la televisión. El joven coronel criollo, con la boina de paracaidista y su admirable facilidad de palabra, asumió la responsabilidad del movimiento. Pero su alocución fue un triunfo político. Cumplió dos años de cárcel hasta que fue amnistiado por el presidente Rafael Caldera. Sin embargo, muchos partidarios como no pocos enemigos han creído que el discurso de la derrota fue el primero de la campaña electoral que lo llevó a la presidencia de la República menos de nueve años después.

El presidente Hugo Chávez Frías me contaba esta historia en el avión de la Fuerza Aérea Venezolana que nos llevaba de La Habana a Caracas, hace dos semanas, a menos de quince días de su posesión como presidente constitucional de Venezuela por elección popular. Nos habíamos conocido tres días antes en La Habana, durante su reunión con los presidentes Castro y Pastrana, y lo primero que me impresionó fue el poder de su cuerpo de cemento armado. Tenía la cordialidad inmediata, y la gracia criolla de un venezolano puro. Ambos tratamos de vernos otra vez, pero no nos fue posible por culpa de ambos, así que nos fuimos juntos a Caracas para conversar de su vida y milagros en el avión.

Fue una buena experiencia de reportero en reposo. A medida que me contaba su vida iba yo descubriendo una personalidad que no correspondía para nada con la imagen de déspota que teníamos formada a través de los medios. Era otro Chávez. ¿Cuál de los dos era el real?

El argumento duro en su contra durante la campaña había sido su pasado reciente de conspirador y golpista. Pero la historia de Venezuela ha digerido a más de cuatro. Empezando por Rómulo Betancourt, recordado con razón o sin ella como el padre de la democracia venezolana, que derribó a Isaías Medina Angarita, un antiguo militar demócrata que trataba de purgar a su país de los treintiséis años de Juan Vicente Gómez. A su sucesor, el novelista Rómulo Gallegos, lo derribó el general Marcos Pérez Jiménez, que se quedaría casi once años con todo el poder. Éste, a su vez, fue derribado por toda una generación de jóvenes demócratas que inauguró el periodo más largo de presidentes elegidos.

El golpe de febrero parece ser lo único que le ha salido mal al coronel Hugo Chávez Frías. Sin embargo, él lo ha visto por el lado positivo como un revés providencial. Es su manera de entender la buena suerte, o la inteligencia, o la intuición, o la astucia, o cualquiera cosa que sea el soplo mágico que ha regido sus actos desde que vino al mundo en Sabaneta, estado Barinas, el 28 de julio de 1954, bajo el signo del poder: Leo. Chávez, católico convencido, atribuye sus hados benéficos al escapulario de más de cien años que lleva desde niño, heredado de un bisabuelo materno, el coronel Pedro Pérez Delgado, que es uno de sus héroes tutelares. Sus padres sobrevivían a duras penas con sueldos de maestros primarios, y él tuvo que ayudarlos desde los nueve años vendiendo dulces y frutas en una carretilla. A veces iba en burro a visitar a su abuela materna en Los Rastrojos, un pueblo vecino que les parecía una ciudad porque tenía una plantita eléctrica con dos horas de luz a prima noche, y una partera que lo recibió a él y a sus cuatro hermanos. Su madre quería que fuera cura, pero sólo llegó a monaguillo y tocaba las campanas con tanta gracia que todo el mundo lo reconocía por su repique. Ese que toca es Hugo, decían. Entre los libros de su madre encontró una enciclopedia providencial, cuyo primer capítulo lo sedujo de inmediato: Cómo triunfar en la vida.

Era en realidad un recetario de opciones, y él las intentó casi todas. Como pintor asombrado ante las láminas de Miguel Ángel y David, se ganó el primer premio a los doce años en una exposición regional. Como músico se hizo indispensable en cumpleaños y serenatas con su maestría del cuatro y su buena voz. Como beisbolista llegó a ser un *catcher* de primera. La opción militar no estaba en la lista, ni a él se le habría ocurrido por su cuenta, hasta que le contaron que el mejor modo de llegar a las grandes ligas era ingresar en la academia militar de Barinas. Debió ser otro milagro del escapulario, porque aquel día empezaba el plan Andrés Bello, que permitía a los bachilleres de las escuelas militares ascender hasta el más alto nivel académico.

Estudiaba ciencias políticas, historia y marxismo al leninismo. Se apasionó por el estudio de la vida y la obra de Bolívar, su Leo mayor, cuyas proclamas aprendió de memoria. Pero su primer conflicto consciente con la política real fue la muerte de Allende en septiembre de 1973. Chávez no entendía. ¿Y por qué si los chilenos eligieron a Allende, ahora los militares chilenos van a darle un golpe? Poco después, el capitán de su compañía le asignó la tarea de vigilar a un hijo de José Vicente Rangel, a quien se creía comunista. Fíjate las vueltas que da la vida, me dice Chávez con una explosión de risa. Ahora su papá es mi canciller. Más irónico aún es que cuando se graduó recibió el sable de manos del presidente que veinte años después trataría de tumbar: Carlos Andrés Pérez.

Además, le dije, usted estuvo a punto de matarlo. De ninguna manera, protestó Chávez. La idea era instalar una asamblea constituyente y volver a los cuarteles. Desde el primer momento me había dado cuenta de que era un narrador natural. Un producto íntegro de la cultura popular venezolana, que es creativa y alborazada. Tiene un gran sentido del manejo del tiempo y una memoria con algo de sobrenatural, que le permite recitar de memoria poemas de Neruda o Whitman, y páginas enteras de Rómulo Gallegos.

Desde muy joven, por casualidad, descubrió que su bisabuelo no era un asesino de siete leguas, como decía su madre, sino un guerrero legendario de los tiempos de Juan Vicente Gómez. Fue tal el entusiasmo de Chávez, que decidió escribir un libro para purificar su memoria. Escudriñó archivos históricos y bibliotecas militares, y recorrió la región de pueblo en pueblo con un morral de historiador para reconstruir los itinerarios del bisabuelo por los testimonios de sus sobrevivientes. Desde entonces lo incorporó al altar de sus héroes y empezó a llevar el escapulario protector que había sido suyo.

Uno de aquellos días atravesó la frontera sin darse cuenta por el puente de Arauca, y el capitán colombiano que le registró el morral encontró motivos materiales para acusarlo de espía: llevaba una cámara fotográfica, una grabadora, papeles secretos, fotos de la región, un mapa militar con gráficos y dos pistolas de reglamento. Los documentos de identidad, como corresponde a un espía, podían ser falsos. La discusión se prolongó por varias horas en una oficina donde el único cuadro era un retrato de Bolívar a caballo. “Yo estaba ya casi rendido – me dijo Chávez–, pues mientras más le explicaba menos me entendía”. Hasta que se le ocurrió la frase salvadora: Mire, mi capitán, lo que es la vida: hace apenas un siglo éramos un mismo ejército, y ése que nos está mirando desde el cuadro era el jefe de nosotros dos. ¿Cómo puedo ser un espía?. El capitán, conmovido, empezó a hablar maravillas de la Gran Colombia, y los dos terminaron esa noche bebiendo cerveza de ambos países en una cantina de Arauca. A la mañana siguiente, con un dolor de cabeza compartido, el capitán le devolvió a Chávez sus enseres de historiador y lo despidió con un abrazo en la mitad del puente internacional.

De esa época me vino la idea concreta de que algo andaba mal en Venezuela, dice Chávez. Lo habían designado en Oriente como comandante de un pelotón de trece soldados y un equipo de comunicaciones para liquidar los últimos reductos guerrilleros. Una noche de grandes lluvias le pidió refugio en el campamento un coronel de inteligencia con una patrulla de soldados y unos supuestos guerrilleros acabados de capturar, verdosos y en los puros huesos. Como a las diez de la noche, cuando Chávez empezaba a dormirse, oyó en el cuarto contiguo unos gritos desgarradores. Era que los soldados estaban golpeando a los presos con bates de beisbol envueltos en trapos para que no les quedaran marcas, contó Chávez. Indignado, le exigió al coronel que le entregara los presos o se fuera de allí, pues no podía aceptar que torturara a nadie en su comando. “Al día siguiente me amenazaron con un juicio militar por desobediencia –contó Chávez–, pero sólo me mantuvieron por un tiempo en observación”.

Hugo Chávez, católico convencido, atribuye sus hados benéficos al escapulario de más de cien años que lleva desde niño, heredado de un bisabuelo materno, el coronel Pedro Pérez DelgadoFoto Ap

Pocos días después tuvo otra experiencia que rebasó las anteriores. Estaba comprando carne para su tropa cuando un helicóptero militar aterrizó en el patio del cuartel con un cargamento de soldados mal heridos en una emboscada guerrillera. Chávez cargó en brazos a un soldado que tenía varios balazos en el cuerpo. No me deje morir, mi teniente... le dijo aterrorizado. Apenas alcanzó a meterlo dentro de un carro. Otros siete murieron. Esa noche, desvelado en la hamaca, Chávez se preguntaba: ¿Para qué estoy yo aquí? Por un lado campesinos vestidos

de militares torturaban a campesinos guerrilleros, y por el otro lado campesinos guerrilleros mataban a campesinos vestidos de verde. A estas alturas, cuando la guerra había terminado, ya no tenía sentido disparar un tiro contra nadie. Y concluyó en el avión que nos llevaba a Caracas: Ahí caí en mi primer conflicto existencial.

Al día siguiente despertó convencido de que su destino era fundar un movimiento. Y lo hizo a los veintitrés años, con un nombre evidente: Ejército bolivariano del pueblo de Venezuela. Sus miembros fundadores: cinco soldados y él, con su grado de subteniente. ¿Con qué finalidad?, le pregunté. Muy sencillo, dijo él: con la finalidad de prepararnos por si pasa algo. Un año después, ya como oficial paracaidista en un batallón blindado de Maracay, empezó a conspirar en grande. Pero me aclaró que usaba la palabra conspiración sólo en su sentido figurado de convocar voluntades para una tarea común.

Esa era la situación el 17 de diciembre de 1982 cuando ocurrió un episodio inesperado que Chávez considera decisivo en su vida. Era ya capitán en el segundo regimiento de paracaidistas, y ayudante de oficial de inteligencia. Cuando menos lo esperaba, el comandante del regimiento, Ángel Manrique, lo comisionó para pronunciar un discurso ante mil doscientos hombres entre oficiales y tropa.

A la una de la tarde, reunido ya el batallón en el patio de fútbol, el maestro de ceremonias lo anunció. ¿Y el discurso?, le preguntó el comandante del regimiento al verlo subir a la tribuna sin papel. Yo no tengo discurso escrito, le dijo Chávez. Y empezó a improvisar. Fue un discurso breve, inspirado en Bolívar y Martí, pero con una cosecha personal sobre la situación de presión e injusticia de América Latina transcurridos doscientos años de su independencia. Los oficiales, los suyos y los que no lo eran, lo oyeron impasibles. Entre ellos los capitanes Felipe Acosta Carle y Jesús Urdaneta Hernández, simpatizantes de su movimiento. El comandante de la guarnición, muy disgustado, lo recibió con un reproche para ser oído por todos:

Chávez, usted parece un político. Entendido, le replicó Chávez.

Felipe Acosta, que medía dos metros y no habían logrado someterlo diez contendores, se paró de frente al comandante, y le dijo: Usted está equivocado, mi comandante. Chávez no es ningún político. Es un capitán de los de ahora, y cuando ustedes oyen lo que él dijo en su discurso se mean en los pantalones.

Entonces el coronel Manrique puso firmes a la tropa, y dijo: Quiero que sepan que lo dicho por el capitán Chávez estaba autorizado por mí. Yo le di la orden de que dijera ese discurso, y todo lo que dijo, aunque no lo trajo escrito, me lo había contado ayer. Hizo una pausa efectista, y concluyó con una orden terminante: ¡Que eso no salga de aquí!

Al final del acto, Chávez se fue a trotar con los capitanes Felipe Acosta y Jesús Urdaneta hacia el Samán del Guere, a diez kilómetros de distancia, y allí repitieron el juramento solemne de Simón Bolívar en el monte Aventino. Al final, claro, le hice un cambio, me dijo Chávez. En lugar de cuando hayamos roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español, dijeron: Hasta que no rompamos las cadenas que nos oprimen y oprimen al pueblo por voluntad de los poderosos.

Desde entonces, todos los oficiales que se incorporaban al movimiento secreto tenían que hacer ese juramento. La última vez fue durante la campaña electoral ante cien mil personas. Durante años hicieron congresos clandestinos cada vez más numerosos, con representantes militares de todo el país. “Durante dos días hacíamos reuniones en lugares escondidos, estudiando la situación del país, haciendo análisis, contactos con grupos civiles, amigos. “En diez años –me dijo Chávez– llegamos a hacer cinco congresos sin ser descubiertos”.

A estas alturas del diálogo, el presidente rio con malicia, y reveló con una sonrisa de malicia: Bueno, siempre hemos dicho que los primeros éramos tres. Pero ya podemos decir que en realidad había un cuarto hombre, cuya identidad ocultamos siempre para protegerlo, pues no fue descubierto el 4 de febrero y quedó activo en el ejército y alcanzó el grado de coronel. Pero estamos en 1999 y ya podemos revelar que ese cuarto hombre está aquí con nosotros en este avión. Señaló con el índice al cuarto hombre en un sillón apartado, y dijo: ¡El coronel Badull!

De acuerdo con la idea que el comandante Chávez tiene de su vida, el acontecimiento culminante fue *El Caracazo*, la sublevación popular que devastó a Caracas. Solía repetir: Napoleón dijo que una batalla se decide en un segundo de inspiración del estratega. A partir de ese pensamiento, Chávez desarrolló tres conceptos: uno, la hora histórica. El otro, el minuto estratégico. Y por fin, el segundo táctico. Estábamos inquietos porque no queríamos irnos del ejército, decía Chávez. Habíamos formado un movimiento, pero no teníamos claro para qué. Sin embargo, el drama tremendo fue que lo que iba a ocurrir ocurrió y no estaban preparados. “Es decir –concluyó Chávez– que nos sorprendió el minuto estratégico”.

Se refería, desde luego, a la asonada popular del 27 de febrero de 1989: *El Caracazo*. Uno de los más sorprendidos fue él mismo. Carlos Andrés Pérez acababa de asumir la presidencia con una votación caudalosa y era inconcebible que en veinte días sucediera algo tan grave. Yo iba a la universidad a un posgrado, la noche del 27, y entro en el fuerte Tiuna en busca de un amigo que me echara un poco de gasolina para llegar a la casa, me contó Chávez minutos antes de aterrizar en Caracas. Entonces veo que están sacando las tropas, y le pregunto a un coronel: ¿Para dónde van todos esos soldados? Porque sacaban los de Logística que no están entrenados para el combate, ni menos para el combate en localidades. Eran reclutas asustados por el mismo fusil que llevaban. Así que le pregunto al coronel: ¿Para dónde va ese pocotón de gente? Y el coronel me dice: A la calle, a la calle. La orden que dieron fue esa: hay que parar la vaina como sea, y aquí vamos. Dios mío, ¿pero qué orden les dieron? Bueno Chávez, me contesta el coronel: la orden es que hay que parar esta vaina como sea. Y yo le digo: Pero mi coronel, usted se imagina lo que puede pasar. Y él me dice: Bueno, Chávez, es una orden y ya no hay nada qué hacer. Que sea lo que Dios quiera.

Chávez dice que también él iba con mucha fiebre por un ataque de rubéola, y cuando encendió su carro vio un soldadito que venía corriendo con el casco caído, el fusil guindando y la munición desparramada. Y entonces me paro y lo llamo, dijo Chávez. Y él se monta, todo nervioso, sudado, un muchachito de 18 años. Y yo le pregunto: Ajá, ¿y para dónde vas tú corriendo así? No, dijo él, es que me dejó el pelotón, y allí va mi teniente en el camión. Lléveme, mi mayor, lléveme. Y yo alcanzo el camión y le pregunto al que los lleva: ¿Para dónde van? Y él me dice: Yo no sé nada. Quién va a saber, imagínese. Chávez toma aire y casi grita ahogándose en la angustia de aquella noche terrible: Tú sabes, a los soldados tú los mandas para la calle, asustados, con un fusil, y quinientos cartuchos, y se los gastan todos. Barrían las calles a bala, barrían los cerros, los barrios populares. ¡Fue un desastre! Así fue: miles, y entre ellos Felipe Acosta. Y el instinto me dice que lo mandaron a matar, dice Chávez. Fue el minuto que esperábamos para actuar. Dicho y hecho: desde aquel momento empezó a fraguarse el golpe que fracasó tres años después.

El avión aterrizó en Caracas a las tres de la mañana. Vi por la ventanilla la ciénaga de luces de aquella ciudad inolvidable donde viví tres años cruciales de Venezuela que lo fueron también para mi vida. El presidente se despidió con su abrazo caribe y una invitación implícita: Nos vemos aquí el 2 de febrero. Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más.

[\*] Este artículo fue publicado originalmente en la revista *Cambio*, de Colombia, en febrero de 1999, y ahora tomado del libro *Gabo periodista, Antología de textos periodísticos de Gabriel García Márquez*, con autorización del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Este texto está tomado del diario mexicano *La Jornada*, que lo reprodujo el pasado 8 de marzo.



## 2.- Rafael Poch: “Chávez y Yeltsin”

Dejémonos de hipocresías: el principal delito de Hugo Chávez fue ocuparse de los pobres. Todo lo demás, incluso si hubiera sido un caudillo autoritario, como han venido vendiéndonos los *killer-periodistas* de nuestra parroquia con particular encono, se le habría perdonado. Y la demostración es Yeltsin, el presidente Yeltsin de Rusia, ¿se acuerdan?

A diferencia de Chávez, Yeltsin protagonizó una contrarrevolución en beneficio de los ricos. A diferencia del venezolano, sus elecciones y referendos estaban amañados, pero a Yeltsin se le perdonaba todo. Hasta dio un golpe de estado, en octubre de 1993, en el que disolvió a cañonazos el primer parlamento enteramente electo de la historia de Rusia. No solo no fue condenado por ello, sino que fue elogiado. Aun recuerdo la editorial que un diario alemán, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, dedicó al evento. “Sternstunde der Demokratie”, la hora estelar de la democracia, decía, con un cinismo que habría complacido al mismo Goebbels. Era la línea habitual: repasen la hemeroteca euroatlántica, los *Economist*, *Financial Times*, y naturalmente también los nuestros, sobre Rusia a partir del 4 de octubre de 1993 y verán.

A Yeltsin se le perdonó todo, hasta su guerra infame contra Chechenia en la que murieron decenas de miles y donde ciudades como Grozny quedaron reducidas a una especie de Stalingrado. Clinton colaboró, probablemente, en la eliminación del líder independentista checheno, el General Dhojar Dudayev, dirigiendo un misil a partir de una imprudente llamada telefónica que el General realizó con su móvil. Entonces el ejército ruso aún no tenía la tecnología para aquel “tracking”, aquel tipo de rastreo informático-militar...

El segundo gran delito de Chávez, estrechamente ligado al primero, fue desafiar al Imperio. Integrar y coordinar ese desafío con otros países, crear Albas y bancos, desarrollar relaciones internacionales autónomas.

Doscientos años después de su independencia, las repúblicas latinoamericanas apenas ahora comienzan a ejercerla, y no todas. Recordemos que históricamente a los políticos latinoamericanos que emprendieron tal temeridad se los liquidaba, la lista es conocida y no es necesario mencionarla. Y lo mismo pasa en África desde Lumumba, en los sesenta, hasta Sankara, el Sankara de Burkina Faso, asesinado en 1987, ¿les suena el nombre?, pasando por Amílcar Cabral, Ben Barka y tantos otros. Antes de reírse de las sospechas lanzadas desde Caracas sobre el presunto carácter inducido de la enfermedad mortal de Chávez, uno debería desempolvar los libros de historia. ¿De qué se ríen estos necios?

Desde África, donde ahora mismo se está sufriendo una ofensiva militar imperial para controlar aún más estrechamente recursos y posiciones estratégicas, se ve con cierta sana envidia el avance emancipador que las repúblicas hermanas de América Latina han afirmado en los últimos años; desde Bolivia, hasta Ecuador, de Venezuela a Brasil y Argentina. Que eso no tenga mucho de “socialismo del siglo XXI”, cambia poco el asunto: es un claro avance emancipador, y punto.

En la mayoría en desarrollo de los países del mundo, Chávez va a ser valorado por eso, por esos dos aspectos que en Euroatlántida son pecado. Pero incluso en esto hay matices. En Alemania, por ejemplo, los medios de comunicación no hablan de Chávez con la retrógrada

inquina que demuestran los medios y los periodistas del *estáblishment* españolito. Desde luego no lo alaban, pero mantienen una distancia que en España se ha perdido por completo. En muy pocos países de Euroatlántida se utiliza con tanto desprecio como en España la palabra “*tercermundista*” o “*tercer mundo*”, referida a los países en desarrollo que intentan salir de hoyo. El motivo es que España misma era un país “*tercermundista*” hasta hace no mucho.

En la transformación sicológica del españolito medio de los últimos treinta años se ha producido lo que denomino un proceso de “asfaltado mental”: de la misma forma en que nuestros paisajes han sido destructivamente degradados y transformados por el ladrillo, la mentalidad del españolito medio ha perdido cualidades y valores esenciales, vinculadas al sentido de la dignidad, de la solidaridad y del sentido de reacción ante la injusticia. En el país del Quijote creció una nueva arrogancia de nuevo rico, cutre e hijoputecado. España se “*agringó*”.

Ahora que la crisis mundial nos regresa a determinados puntos de partida, ahora que nadamos manifiestamente impotentes en el charco de nuestra propia porquería político-económica, es el momento de reflexionar y de relacionar nuestro charco nacional con el asfaltado intelectual. Si lo hacemos quizás aún estemos a tiempo de retomar aquellas relaciones y complicidades con América Latina que en los años setenta eran tan obvias e indiscutibles. Al fin y al cabo, nuestra creciente condición de “*tercer mundo europeo*”, de sometidos a los designios dominantes de Berlín y Bruselas, de obedientes alumnos aventajados en el cumplimiento de los programas suicidas que la gran banca y el gran capital, incluido el nuestro, imponen a nuestro país en contra de sus intereses nacionales más básicos, toda esa miseria, nos hermana bastante con los amigos del otro lado del Atlántico-Sur. Y actualiza también en nuestra propia casa sus impulsos emancipadores.

Independientemente de cual sea la complicada evolución que se viva ahora, Chávez ha colocado a Venezuela, un país cuyo 80% de la población no existía, no solo en el mapa de América, sino en el del mundo. Yeltsin dismanteló la Rusia soviética, ahora tan añorada por sus garantías sociales, sentando las bases de las grandes convulsiones sociales que aún están por venir en aquel país. Pero, de acuerdo con las circunstancias de nuestro lamentable asfaltado nacional, condenamos siempre al primero y aplaudimos en su día al segundo.

**Rafael Poch**, amigo y colaborador habitual de *SinPermiso*, es el corresponsal del diario barcelonés *La Vanguardia* en Berlín. Antes lo que, de ese mismo diario, en Moscú y en Beijing. Este texto fue publicado en *La Vanguardia* el pasado 6 de marzo.



### 3.- Boaventura de Sousa Santos: “Chávez, el legado y los desafíos”

Murió el líder político democrático más carismático de las últimas décadas. Cuando esto sucede en democracia, el carisma crea entre gobernantes y gobernados una relación particularmente movilizadora, porque reúne la legitimidad democrática con una identidad de pertenencia y un conjunto de objetivos compartidos que van mucho más allá de la representación política.

Las clases populares, habituadas a ser golpeadas por un poder lejano y represor (las democracias de baja intensidad alimentan ese poder), viven momentos en los que la distancia

entre representantes y representados casi se desvanece. Los opositores hablan de populismo y autoritarismo, pero raramente logran convencer a los votantes. Es que, en democracia, el carisma permite niveles de educación cívica difícilmente alcanzables en otras condiciones. La compleja química entre carisma y democracia profundiza ambos procesos, sobre todo cuando se traduce en medidas de redistribución social de la riqueza. El problema del carisma es que termina con el líder. Para continuar sin él, la democracia necesita ser reforzada con dos ingredientes cuya química es igualmente compleja, sobre todo en un inmediato periodo poscarismático: la institucionalidad y la participación popular.

Al gritar en las calles de Caracas ¡todos somos Chávez!, el pueblo es lúcidamente consciente de que Chávez hubo uno solo y que la revolución bolivariana tendrá enemigos internos y externos lo suficientemente fuertes como para poner en cuestión la intensa experiencia democrática de los últimos 14 años. En Brasil, el presidente Lula fue también un líder carismático. Después de él, la presidenta Dilma aprovechó la fuerte institucionalidad del Estado y de la democracia brasileñas, pero ha tenido dificultades para complementarla con la participación popular. En Venezuela, la fortaleza de las instituciones es mucho menor, mientras que el impulso de la participación popular es mucho mayor. Es en este contexto que debemos analizar el legado de Chávez y los desafíos en el horizonte.

## El legado

La redistribución de la riqueza. Chávez, al igual que otros líderes latinoamericanos, aprovechó el *boom* de los recursos naturales (en especial el petróleo) para realizar un programa sin precedentes de políticas sociales, sobre todo en las áreas de educación, salud, vivienda e infraestructura, que mejoraron sustancialmente la vida de la inmensa mayoría de la población. La Venezuela saudita dio lugar a la Venezuela bolivariana.

La integración regional. Chávez fue artífice incansable de la integración del subcontinente latinoamericano. No se trató de un cálculo mezquino de supervivencia o hegemonía. Chávez creía como nadie en la idea de la Patria Grande de Simón Bolívar. Las diferencias políticas sustantivas entre los países de la región eran vistas por él como discusiones dentro de una gran familia. Cuando tuvo la oportunidad, procuró restaurar los lazos con el miembro de la familia más reticente y más pro-estadounidense: Colombia. Procuró que las relaciones entre los países latinoamericanos fueran mucho más allá de los intercambios comerciales y que éstos se pautasen por una lógica de complementariedad y reciprocidad, no por una lógica capitalista. Su solidaridad con Cuba es bien conocida, pero fue igualmente decisiva con la Argentina durante la crisis de 2001-2002 y con los pequeños países del Caribe.

Fue un entusiasta de todas las formas de integración regional que ayudaran al continente a dejar de ser el patio trasero de Estados Unidos. Encabezó el Alba (Alternativa Bolivariana para las Américas), luego Alba-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos); también quiso ser miembro del Mercosur. La Celac (Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe) y la Unasur (Unión de Naciones Suramericanas) son otras de las instituciones de integración a las que Chávez dio su impulso.

Antimperialismo. En los momentos más críticos de su gobierno (incluyendo la resistencia al golpe de Estado de que fue víctima en 2002), Chávez se enfrentó con el unilateralismo estadounidense más agresivo (George W. Bush), que llegó a su punto más destructivo con la invasión de Irak. Chávez tenía la convicción de que lo que estaba pasando en Medio Oriente pasaría un día en América Latina si la región no se preparaba para esa eventualidad. De ahí su interés por la integración regional. Pero también estaba convencido de que la única manera de frenar a Estados Unidos era alimentar el multilateralismo, fortaleciendo lo que quedaba de la *Guerra Fría*. De ahí su acercamiento a Rusia, China e Irán. Sabía que Estados Unidos (con el apoyo de la Unión Europea) continuaría liberando a todos los países que pudieran desafiar a Israel o ser una amenaza para el acceso al petróleo. De ahí, la liberación de Libia, seguida por la de Siria y, en un futuro próximo, Irán. De ahí, también, el desinterés de Washington y la Unión Europea por liberar la nación gobernada por la dictadura más retrógrada: Arabia Saudita.

El socialismo del siglo XXI. Chávez no consiguió construir el socialismo del siglo XXI, al que llamó socialismo bolivariano. ¿Cuál sería su modelo de socialismo, teniendo en cuenta que siempre mostró reverencia por la experiencia cubana, que muchos consideraron excesiva? Me

consuela saber que en varias ocasiones Chávez se refirió con aprobación a mi definición de socialismo: El socialismo es la democracia sin fin. Es cierto que eran discursos y que la práctica sería sin duda mucho más difícil y compleja. Quiso que el socialismo bolivariano fuera pacífico, pero armado para que no le ocurriera lo mismo que a Salvador Allende. Nacionalizó empresas, lo que causó la ira de los inversores extranjeros, que se vengaron con una impresionante campaña de demonización en su contra, tanto en Europa (especialmente en España) como en Estados Unidos. Desarticuló el capitalismo que existía, pero no lo sustituyó. De ahí, las crisis de abastecimiento e inversión, la inflación y la creciente dependencia de los ingresos petroleros. Polarizó la lucha de clases y puso en guardia a las viejas y a las nuevas clases capitalistas, que habían tenido durante mucho tiempo un monopolio casi total de la comunicación social y que siempre mantuvieron el control del capital financiero. La polarización llegó a la calle y muchos consideraron que el gran aumento de la delincuencia era su producto (¿dirán lo mismo del aumento del delito en San Pablo o Johannesburgo?).

El Estado comunal. Chávez sabía que la máquina estatal construida por las oligarquías que siempre habían dominado el país haría todo lo posible para bloquear el nuevo proceso revolucionario que, a diferencia de los anteriores, nacía con la democracia y se alimentaba de ella. Buscó, por eso, crear estructuras paralelas. Primero fueron las misiones y las grandes misiones, un amplio programa de políticas públicas en diferentes sectores, cada una con un nombre sugestivo (por ejemplo, la Misión Barrio Adentro, para ofrecer servicios de salud a las clases populares), con participación social y ayuda de Cuba. Después fue la institucionalización del poder popular, un ordenamiento territorial paralelo al existente (estados y municipios), con la comuna como célula básica, la propiedad social como principio y la construcción del socialismo como objetivo principal. A diferencia de otras experiencias latinoamericanas que trataron de articular la democracia representativa con la democracia participativa (el caso del presupuesto participativo y los consejos populares sectoriales), el Estado comunal asume una relación de confrontación entre esas dos formas de la democracia. Tal vez ésta sea su gran debilidad.

Los desafíos. La unión cívico-militar. Chávez asentó su poder sobre dos bases: la adhesión democrática de las clases populares y la unión política entre el poder civil y las fuerzas armadas. Esta unión siempre ha sido problemática en el continente y, cuando existió, casi siempre tuvo orientación conservadora e, incluso, dictatorial. Chávez, él mismo un militar, consiguió una unión de sentido progresista que le dio estabilidad al régimen. Pero para eso tuvo que dar poder económico a los militares, lo que, además de ser una fuente de corrupción, mañana puede volverse en contra de la revolución bolivariana o, lo que es lo mismo, subvertir su espíritu transformador y democrático.

El extractivismo. La revolución bolivariana profundizó la dependencia del petróleo y los recursos naturales en general, fenómeno que, lejos de ser específico de Venezuela, está hoy presente en otras naciones administradas por gobiernos que consideramos progresistas, como Brasil, Argentina, Ecuador o Bolivia. La dependencia excesiva de los recursos naturales bloquea la diversificación de la economía, destruye el medioambiente y, sobre todo, constituye una agresión constante a las poblaciones indígenas y campesinas, en cuyos territorios se encuentran esos recursos, contaminando sus aguas, desconociendo sus derechos ancestrales, violando el derecho internacional que exige la consulta a las poblaciones, expulsándolas de sus tierras, asesinando a sus líderes comunitarios. Hace apenas unos días asesinaron a un gran dirigente indígena de la sierra de Perijá (Venezuela), Sabino Romero, referente de una lucha con la que me solidarizo desde hace años. ¿Sabrán los sucesores de Chávez enfrentar este problema?

El régimen político. Aun cuando es votado democráticamente, un régimen político hecho a medida de un líder carismático tiende a ser un problema para sus sucesores. Los desafíos son enormes en el caso de Venezuela. Por un lado, la debilidad general de las instituciones; por otro, una institucionalidad paralela, el Estado comunal, dominado por el partido creado por Chávez, el PSUV (Partido Socialista Unido de Venezuela). Si se instaura el vértigo del partido único, será el fin de la revolución bolivariana. El PSUV es un agregado de diversas tendencias y la convivencia entre ellas ha sido difícil. Desaparecida la figura aglutinante de Chávez, es necesario encontrar maneras de expresar la diversidad interna. Sólo un intenso ejercicio de democracia interna permitirá al PSUV ser una de las expresiones nacionales de profundización democrática que bloqueen el avance de las fuerzas políticas interesadas en destruir, punto por

punto, todo lo que fue conquistado por las clases populares en estos años. Si la corrupción no es controlada y si las diferencias internas son reprimidas por declaraciones de que todos son chavistas y que cada uno es más chavista que el otro, se abrirá el camino para los enemigos de la revolución. Una cosa es cierta: si hay que seguir el ejemplo de Chávez, es crucial que no se repriman las críticas. Es necesario abandonar el autoritarismo que ha caracterizado a grandes sectores de la izquierda latinoamericana.

El gran desafío para las fuerzas progresistas del continente es saber distinguir entre el estilo polemizante de Chávez, ciertamente controvertido, y el sentido político sustantivo de su gobierno, inequívocamente a favor de las clases populares y de una integración solidaria de América Latina. Las fuerzas conservadoras harán todo lo posible para confundirlos. Chávez contribuyó en forma decisiva a consolidar la democracia en el imaginario social. La consolidó donde es más difícil que sea traicionada: en el corazón de las clases populares. Y donde también la traición es más peligrosa. ¿Alguien imagina a las clases populares de tantos otros países derramando ante la muerte de un líder político democrático las lágrimas amargas con que los venezolanos inundan las pantallas de televisión del mundo? Este es un patrimonio precioso, tanto para los venezolanos como para todos los latinoamericanos. Sería un crimen desperdiciarlo.

**Boaventura de Sousa Santos** es doctor en sociología del derecho, profesor de las universidades de Coimbra, Portugal, y Wisconsin, Estados Unidos. Este texto fue traducida por Javier Lorca y publicado en el diario argentino *Página12* el pasado 6 de marzo.



#### 4.- Greg Grandin: “El legado de Hugo Chávez”

Conocí a Hugo Chávez en Nueva York en septiembre de 2006, justo después del famoso discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en que llamó “diablo” a George W. Bush. “Ayer estuvo el diablo aquí”, dijo Chávez, que a continuación se persignó—incluyendo beso sobre el pulgar cruzando el índice de la mano derecha, como es costumbre entre algunos católicos—, juntó las dos manos en posición de orante y levantó los ojos al cielo. “¡Huele a azufre todavía, en esta mesa donde me ha tocado hablar!”. Clásico Chávez: una declaración estrafalaria, con el toque justo (¡ese olor a azufre!) como para distinguirse entre la soporífera retahíla de vacuas pomposidades diplomáticas. Y para, de paso, desviar la atención de todos bien lejos de Irán, que estaba en aprietos en ese momento.

La prensa, por supuesto, se indignó. Una cosa es que los enemigos de Estados Unidos en el Medio Oriente llamen Gran Satán a nuestro presidente, y otra muy distinta que sea un mandatario latinoamericano quien lo identifique con Belzebú. Y en suelo estadounidense, nada menos.

Pienso que lo que realmente le hizo ruido a muchos fue que Chávez estaba reclamando para sí un privilegio que por mucho tiempo había sido exclusividad de Estados Unidos: el privilegio de pintar a sus oponentes no como actores racionales sino como representaciones encarnadas

del mal. Desde el argentino Juan Perón hasta el mismísimo Chávez, muchos líderes populistas latinoamericanos han cumplido el papel de villanos en la película que Estados Unidos gusta contarse una y otra vez a sí mismo para reafirmar la madurez de su electorado y la moderación de su cultura política.

Hay, como mucho, 11 prisioneros políticos en Venezuela, y eso si aceptamos la amplia definición que la oposición en ese país le da al término, que incluye a individuos que participaron del golpe de 2002 contra el gobierno de Chávez. Y, sin embargo, en Estados Unidos es de rutina comparar a Chávez con los peores asesinos de masas y dictadores de la Historia. Y no lo hace sólo la derecha: en un ensayo sobre el wunderkind venezolano y director de la Filarmónica de Los Ángeles Gustavo Dudamel, el crítico del New Yorker Alex Ross desnudaba sus escrúpulos acerca del financiamiento estatal del célebre programa de educación musical conocido como El Sistema: “También Stalin era un gran creyente en la música para el pueblo.”

\* \* \*

Hugo Chávez nació el 28 de julio de 1954 en el poblado rural de Sabaneta, estado de Barinas, el segundo de siete hijos de un matrimonio de ascendencia europea, indígena y afro-venezolana. En su excelente biografía Hugo!, Brian Jones describe el increíble ascenso del joven Chávez desde la extrema pobreza (sus padres lo enviaron a vivir con su abuela porque no tenían cómo alimentarlo) a partir de su ingreso al ejército. En sus filas se compenetró con posiciones políticas de izquierda, que en Venezuela son una mezcla de socialismo internacionalista y nacionalismo revolucionario al uso latinoamericano. La galería de sus modelos políticos abarcaba desde héroes célebres como Simón Bolívar hasta personajes menos conocidos como Ezequiel Zamora, un líder campesino del siglo XIX con el que el tatarabuelo de Chávez llegó a combatir. Nacido apenas unos días luego de que la CIA echara del poder al reformista guatemalteco Jacobo Arbenz, Hugo Chávez era un joven cadete cuando en septiembre de 1973 escuchó a Fidel Castro anunciar por radio que otro golpe apoyado por la CIA había derribado a otro líder latinoamericano, el chileno Salvador Allende.

Rica en recursos petroleros, a lo largo del siglo XX Venezuela disfrutó su propia clase de excepcionalismo, un sistema de alternancia política que evitaba los extremos del radicalismo de izquierdas y el anticomunismo homicida de derechas en los que muchos de los países vecinos estaban atrapados. En cierto modo, Venezuela fue la anti-Cuba. En 1958, las elites políticas venezolanas negociaron entre sí un acuerdo que bajo una formalidad democrática les permitió mantener el poder durante las cuatro décadas siguientes. Durante esos años, dos partidos ideológicamente similares se pasaron la presidencia de uno a otro (¿suena conocido?). El Departamento de Estado y sus aliados intelectuales condenaban a La Habana y celebraban a Caracas como el modelo a seguir. Samuel Huntington elogió a Venezuela como ejemplo de “democratización exitosa”, mientras que otro científico político de comienzos de los años 80 señalaba que Venezuela constituía “el único camino viable para el desarrollo de los países en desarrollo ... un caso de manual para la implementación de políticas de progreso”

Ahora sabemos que esas instituciones estaban podridas de raíz. Cada uno de los pecados atribuidos a Chávez (falta de transparencia administrativa; marginalización de la oposición; nombramiento de jueces amigos; control de sindicatos, organizaciones profesionales y sociedad civil; corrupción y clientelismo subvencionado con recursos petroleros) florecieron también en un sistema que Estados Unidos pregonó como ejemplar.

A mediados de la década del 80, los precios del petróleo comenzaron a caer. Para entonces, Venezuela se había urbanizado de una manera desequilibrada: 16 de sus 19 millones de habitantes vivían en ciudades, más de la mitad de ellos bajo la línea de pobreza. En Caracas, barrios enteros de gente pobre sobrevivían penosamente sin servicios públicos esenciales como agua corriente y cloacas, lo que a su vez incentivaba el clientelismo y el favoritismo políticos. La chispa que encendió esa masa combustible se encendió en febrero de 1989, cuando un nuevo presidente [Carlos Andrés Pérez, que había sido ya presidente una década atrás], que había hecho campaña contra el Fondo Monetario Internacional viró en redondo y se sometió a sus dictámenes, anunciando un plan de eliminación de subsidios de alimentos y combustible, aumento de gasolina, privatización de industrias estatales y recortes en gastos de salud y la educación.

En respuesta a estas duras medidas, una ola de saqueos conocida como el Caracazo se extendió durante tres días por la capital del país. El Caracazo marcó el fin del excepcionalismo venezolano y el comienzo de la reacción hemisférica contra el neoliberalismo. Comprometidos como estaban en la defensa de una estructura de clases profundamente desigual, los partidos tradicionales, los sindicatos y las instituciones de gobierno demostraron ser completamente incapaces de restaurar la legitimidad del Estado en tiempos de austeridad.

Chávez emergió de esas ruinas, primero como protagonista del fallido golpe de 1992, que lo llevó a la cárcel y lo convirtió en héroe popular, y seis años más tarde como presidente electo con el 56 por ciento de los votos. Cuando en 1999 asumió la presidencia lo hizo como un tibia reformista que citaba a John Kenneth Galbraith y enarbolaba un vago programa anti-austeridad, pero que no tenía ningún poder real para reformar nada. El cariñoso apoyo de la mayoría de tez oscura tenía como contrapeso la rabia de la mayormente blanca elite económica y política del país. Pero con su programa maximalista (golpe apoyado por Estados Unidos, huelga petrolera que destruyó la economía nacional, una elección de recall y una campaña de propaganda oligárquica en comparación con la cual Fox News es PBS), a la oposición le salió el tiro por la culata.

Hacia 2005, Chávez había logrado ya superar la tormenta y estaba en control de la empresa nacional de petróleo, lo que le permitió embarcarse en un ambicioso programa de transformación doméstica e internacional: masivo gasto social de fronteras adentro y política de “equilibrio multipolar” hacia afuera. Esta política fue una variante de lo que Bolívar una vez llamó “equilibrio universal”, un intento por romper el histórico monopolio de poder detentado por Estados Unidos en América latina y de forzar a Washington a competir por la influencia regional con otras potencias.

\* \* \*

Durante los últimos 14 años, Chávez se sometió (y sometió a su agenda política) a 14 elecciones nacionales, de las cuales ganó 13, y por amplios márgenes. Estos comicios fueron descritos por Jimmy Carter como “los mejores del mundo”—una opinión respetable, considerando que el ex presidente lleva ya monitoreadas 92 elecciones. (Al fin y al cabo, no es tan difícil tener elecciones transparentes: los venezolanos votan con un toque de su dedo sobre una pantalla y reciben a cambio una constancia impresa que pueden corroborar y que luego depositan en una urna. Al final del día, la autoridad electoral realiza chequeos en estaciones de votación seleccionadas al azar, para constatar que los votos impresos y el registro electrónico coincidan entre sí.) Hay quienes dicen que este sistema no es democrático, que el control de recursos del Estado y de los medios de comunicación le otorgan a Chávez una ventaja injusta. Pero después de la última elección, que Chávez ganó con el mismo porcentaje de votos que obtuvo la primera vez y con un electorado mayor, sus mismos adversarios han tenido que reconocer, aún a regañadientes, que la mayoría de los venezolanos quiere a Chávez. Más aún, que lo adoran.

En lo que hace a Chávez, soy un idiota útil. Y lo soy porque las organizaciones venezolanas de base que merecen el mayor de mis respetos lo han apoyado y lo siguen apoyando.

Mi impresión es que el apoyo a Chávez está dividido en dos grupos más o menos iguales. Por un lado están aquellos que han visto mejorar sustancialmente su vida y la de sus familias como consecuencia del crecimiento de los servicios públicos de salud, educación, etc., y esto a pesar de los problemas reales del crimen, la corrupción, los cortes de energía y la inflación.

El otro grupo está compuesto por ciudadanos que pertenecen a algunas de las muchas organizaciones de bases que existen en el país. La base social del chavismo está compuesta por esa masa diversa, heterodoxa, de organizaciones que los científicos sociales de la década de 1990 denominaron “nuevos movimientos sociales” para diferenciarlas de los sindicatos y organizaciones rurales tradicionales, que estaban generalmente ligados de manera vertical y subordinada a partidos políticos o líderes populistas. Estos nuevos movimientos incluyen concejos barriales, feministas, organizaciones de derechos para gays y lesbianas, activistas de justicia económica, coaliciones ambientalistas, y sindicatos disidentes, entre muchos otros grupos. Han sido estas organizaciones, tanto en Venezuela como en el resto de la región, las que durante las últimas décadas llevaron a cabo el trabajo heroico de democratizar la sociedad,

abriendo espacios en los cuales los ciudadanos pudieron sobrevivir a los rigores más extremos del neoliberalismo y pelear contra mayores expoliaciones, convirtiendo así a América latina en el último bastión global de la izquierda esclarecida.

Los detractores de Chávez ven a este sector movilizado de la sociedad de una manera similar a la que Mitt Romney ve al 47 por ciento del electorado estadounidense—no como ciudadanos sino como parásitos, sanguijuelas que chupan la teta de los recursos petroleros del Estado. Los que aceptan que Chávez cuenta con la mayoría del apoyo popular, menosprecian ese apoyo al definirlo como un caso de embelesamiento emocional. Los votantes que ven reflejada su propia vulnerabilidad en su líder están como en trance, escribe un crítico. Otro habla del “realismo mágico” que Chávez ejerce sobre sus seguidores.

La siguiente historia debería servir para desmentir la idea de que los pobres de Venezuela votaron a Chávez porque se dejan fascinar por cualquier baratija que les pongan delante de los ojos. Durante la campaña presidencial de 2006, la principal propuesta de la oposición fue darle a 3 millones de pobres una tarjeta de crédito negra (por el color del petróleo) con la que cada persona podría retirar de una cuenta hasta \$450 en efectivo al mes. Esto habría significado un drenaje de \$16,000 millones del erario público (un ejemplo, digamos, de populismo neoliberal: darle a los pobres lo suficiente como para hacer quebrar al Estado y forzar así al desfinanciamiento de los servicios públicos.) Durante años, los académicos norteamericanos se han esforzado inútilmente en demostrar lo desastrosa que la riqueza petrolera es a larga para países como Venezuela, porque su abundancia crea un estado de ensoñación que transforma a la gente en espectadores pasivos. Al menos en el caso de esta elección, los venezolanos pudieron ver a través de esas falsas promesas, y Chávez ganó con el 62 por ciento de los votos.

Dejemos por un momento de lado la cuestión de si los programas de bienestar social del chavismo podrán sobrevivir la ausencia de su creador, o si las esperanzas izquierdistas de crear un nuevo tipo de sociedad a partir de la experiencia de las organizaciones de base se transformarán en realidad. La democracia participativa que durante estos 14 años ha tenido lugar en barrios, en lugares de trabajo y en el campo fue algo valioso en sí mismo, aún si no termina conduciendo a un mundo mejor.

Hay una gran cantidad de trabajos académicos producidos por intelectuales como Alejandro Velasco, Sujatha Fernandes, Naomi Schiller, George Ciccariello-Maher y otros, que afirman que miramos a la sociedad desde el punto de vista de estos movimientos de base, Venezuela es el país más democrático de las Américas. Un estudio concluyó que los chavistas poseen “concepciones liberales de democracia y normas pluralistas”, creen en métodos pacíficos de resolución de conflictos y se esfuerzan para que sus organizaciones funcionen con altos niveles de democracia “no jerárquica, horizontal”. Lo que los cientistas políticos critican como híper dependencia de un caudillo, los militantes venezolanos ven como una estrategia de apoyo mutuo, sin por ello dejar de tener una aguda consciencia de los límites y condicionamientos que este apoyo impone.

A lo largo de los años, una que otra persona de izquierdas se ha declarado “desilusionada” de Chávez, comparándolo de manera desventajosa con algún modelo teórico o histórico. Es un bonapartista, dice uno. No es Allende, suspira la otra. Parafraseando al republicano radical Thaddeus Stevens en la película *Lincoln*, nada sorprende a estos críticos, y por tanto ellos nunca llegan a sorprendernos. Pero hay en el chavismo varias cosas sorprendentes, que se destacan en la historia de América latina.

En primer lugar, los militares de esta parte del mundo han trascendido generalmente como sádicos asesinos de derecha, muchos de ellos entrenados por Estados Unidos en sitios tales como la Escuela de las Américas. Sin duda, antes de Chávez las fuerzas armadas latinoamericanas habían producido un cierto número de militares anti-imperialistas y nacionalistas económicos, nombres como Perón en la Argentina, Arbenz en Guatemala, Torrijos en Panamá y Juan Francisco Velasco Alvarado, el general peruano que entre 1968 y 1975 mantuvo una alianza con Moscú. Pero cuando estos militares populistas no eran derrocados (Arbenz) o asesinados (¿Torrijos?), viraban inevitable y rápidamente a la derecha. Pocos años después de su triunfo en las elecciones de 1946, Perón le estaba dando con la cachiporra a los sindicatos, y en 1954 hasta llegó a celebrar la caída de Arbenz. En Perú, la

fase de radicalismo militar duró sólo siete años. En contraste con todos ellos, Chávez se mantuvo 14 años en el poder, y nunca se volvió en contra de su base, ni la reprimió.

En segundo lugar, por años los científicos sociales han venido diciendo que regímenes con alta movilización popular como el de Venezuela se prestan fácilmente a la violencia de arriba, y que esos gobiernos sólo pueden sobrevivir mediante represión interna o guerra con el exterior. Al cabo de varios años de llamar a la oligarquía “escuálidos traidores”, el régimen venezolano ha logrado mantener un nivel asombrosamente bajo de represión política, muy inferior al de Nicaragua bajo los sandinistas o al de Cuba hoy día, sin mencionar a Estados Unidos.

La riqueza petrolera tiene mucho que ver con este excepcionalismo. Lo mismo ocurría durante la democracia elitista que existía antes de Chávez. ¿Y qué? Chávez ha hecho lo que un actor racional debe hacer en el orden neoliberal interestatal: ha usado la ventaja comparativa de su país (el petróleo) no sólo para financiar organizaciones sociales sino para darles una libertad y un poder sin precedentes.

\* \* \*

Chávez gobernó con mano dura. Llenó las cortes de jueces adictos, persiguió a la prensa corporativa, legisló por decreto y básicamente se deshizo de todo sistema efectivo de controles y contrapesos institucionales. Ahora permítanme que sea un poco perverso y que diga, en función de mi argumento, que el mayor problema que Venezuela enfrentó durante los años de Chávez no fue que éste haya sido un gobernante autoritario sino que no haya sido suficientemente autoritario. El problema no fue que hubiese mucho control, sino que haya habido muy poco.

El chavismo llegó al poder a través del voto luego de colapso del *establishment* venezolano. Disfrutó de una abrumadora hegemonía retórica y electoral, pero no tuvo hegemonía administrativa. Tuvo por lo tanto que negociar con núcleos de poder dentro el ejército y de la burocracia estatal y aún con sectores de la vieja elite política que no estaban dispuestos a ceder sus privilegios y placeres ilícitos. Le llevó a Chávez cinco años obtener el control de las ganancias petroleras, y eso sólo después de una disputa que casi arruina al país.

Una vez que tuvo acceso al dinero, optó por no confrontar con esos bolsones de corrupción y poder. En lugar de hacer eso, Chávez creó instituciones paralelas, entre ellas las famosas misiones sociales, encargadas de proveer servicios de salud, educación y bienestar social a la población más necesitada. Esto fue la bendición y la maldición del chavismo, la pareja fuente de su fortaleza y su debilidad.

Antes de Chávez, la competencia por los recursos y el poder del Estado tenía lugar dentro de los estrechos límites de los dos partidos políticos de elite. Después de su primera elección, esa puja se trasladó al interior del “chavismo”. Más que una dictadura de partido único con una burocracia estatal intervencionista, el chavismo ha sido un movimiento más bien caótico y abierto, aunque mucho más inclusivo que el viejo duopolio. Está compuesto por al menos cinco corrientes diferenciadas: una nueva clase política bolivariana; partidarios de la izquierda tradicional; elites económicas; intereses militares; y los movimientos sociales antes mencionados. Los petrodólares le dieron a Chávez el lujo de poder actuar como un árbitro entre esas distintas tendencias, permitiéndole a cada una perseguir sus intereses (a veces, sin duda, ilícitos) y postergando las confrontaciones entre ellas.

\* \* \*

El punto más alto de la agenda internacional de Chávez fue su relación con el presidente brasileño Luiz Inácio Lula da Silva, el líder latinoamericano al que la política exterior de Estados Unidos y los formadores de opinión trataron de pintar como el opuesto del venezolano. Chávez era temerario, Lula moderado. Chávez era confrontativo, Lula pragmático. Lula jamás aceptó este juego, y siempre defendió a Chávez y apoyó sus candidaturas.

Durante ocho largos años llevaron a cabo una suerte de parodia del Gordo y el Flaco, con Chávez haciendo el papel del bufón Laurel y Lula el del sensato Hardy. Pero cada uno dependía del otro y era consciente de esa dependencia. A menudo Chávez destacó la importancia de la elección de Lula a fines de 2002, que le dio su primer aliado real en una

región todavía dominada por neoliberales. De la misma manera, el estilo confrontativo de Chávez hizo que el reformismo de Lula resultara más fácil de digerir fuera y dentro de Brasil. Wikileaks reveló la habilidad con la que los diplomáticos de Lula rechazaron amable y firmemente cada intento de la administración Bush para aislar a Chávez.

El mecanismo de esta rutina quedó expuesto durante la Cumbre de las Américas celebrada en 2005 en Argentina. Estados Unidos esperaba consolidar sus injustas ventajas económicas con un tratado de libre comercio continental. En la sala de reuniones, Lula sermoneaba a Bush sobre la hipocresía que era proteger a la agricultura corporativa norteamericana con subsidios y tarifas varios mientras se empujaba a América latina a abrir sus mercados. Al mismo tiempo, Chávez arengaba en un estadio a 40,000 manifestantes para “enterrar” el acuerdo de libre comercio. El tratado finalmente descarriló, y en los años siguientes Venezuela, Brasil y otros países de la región llevaron adelante una notable transformación de las relaciones hemisféricas. Una transformación que se ha acercado como nunca antes al ideal bolivariano de “equilibrio universal”.

\* \* \*

Como recordaba al comienzo de este artículo, me presentaron a Chávez en 2006, después del controvertido discurso de las Naciones Unidas. Fue durante un almuerzo íntimo en el consulado venezolano de Nueva York. El actor Danny Glover era uno de los invitados; él y Chávez discutían la posibilidad de producir una película sobre la vida de Toussaint L’Ouverture, el ex esclavo que lideró la revolución haitiana. Entre los comensales estaba también un amigo y activista del perdón de deuda de los países pobres. En ese tiempo, un grupo de naciones latinoamericanas había elevado una propuesta al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para que éste perdonara sus deudas, pero la propuesta se había estancado debido a la oposición de las burocracias de nivel intermedio de Argentina, México y Brasil. Mi amigo le pidió a Chávez que hablara con Lula y con el presidente de Argentina, Néstor Kirchner, otro de los líderes izquierdistas de la región, para que destrabaran las negociaciones.

Chávez hizo una serie de preguntas muy atinadas, pero que desentonaban con el estilo del provocador que había ocupado el podio de las Naciones Unidas unas horas antes. ¿Porqué, preguntó, la administración Bush apoya este pedido? Mi amigo le explicó que había un grupo de funcionarios de ideología libertaria en el departamento del Tesoro que aunque no estaban del todo a favor, tampoco se opondrían al plan. “El BID les importa un pito”, explicó mi amigo. Chávez después preguntó porqué se oponían Brasil y la Argentina. Porque los representantes de esos países en el BID son funcionarios que están preocupados por la viabilidad del banco, y que temen que este perdón pueda sentar un peligroso precedente, dijo mi amigo.

Más tarde supimos que Chávez había hablado con Lula y con Kirchner y que había logrado que apoyaran el plan. En noviembre de 2006, el BID anunció el perdón de una deuda de billones de dólares a Nicaragua, Guyana, Honduras y Bolivia (Haiti se sumaría más tarde a esta lista).

Así fue como el hombre que es comparado en Estados Unidos con Stalin sumó en silencio fuerzas con la administración del hombre a quien acababa de llamar Satán, con el noble objetivo de hacer un poco más fácil la vida de los más pobres de América.

**Greg Grandin** es profesor en New York University. Ha escrito importantes libros de investigación histórica y social sobre América Latina. Uno de los más notables es Greg Grandin, *The Blood of Guatemala - A History of Race and Nation*, Duke University Press, Durham y Londres, 2000, 343 págs. En su blog pueden encontrarse otros datos sobre sus publicaciones. Este texto fue traducido al castellano por Claudio Iván Remeseira y publicado en la revista norteamericana *The Nation* el pasado 8 de marzo.



## 5.- Miguel Bonasso: “Chávez y los Kirchner: apariencias y realidades”

Es curioso: aunque no se manifestaron todos los participantes de este espacio virtual, ni mucho menos, mi evocación del presidente Hugo Chávez y la publicación de algunos documentos históricos referidos a él, en los que me tocó participar de cerca, han producido algunas reacciones airadas y un silencio bastante espeso en los comentarios.

Dejando de lado a los pocos que se sacaron la careta y exhibieron una mentalidad tipo “viva el cáncer”, o que directamente me reprocharon que los hubiera “engañado” con mi libro “El Mal: el Modelo K y la Barrick Gold, amos y servidores en el saqueo de la Argentina”, me preocupa la posible perplejidad de los que guardaron silencio.

¿Cómo, Miguel critica duramente a Cristina y le rinde homenaje a Chávez? ¿Acaso no son lo mismo? ¿Acaso no practican los dos un populismo autoritario que amenaza al estado de derecho y a las libertades cívicas?. ¿Acaso no hay cepo cambiario y nacionalizaciones en los dos países? ¿Acaso no hay corrupción en ambos gobiernos?

*La verdad es que, más allá de las similitudes realizadas por los que critican a Cristina desde la derecha, el chavismo y el kirchnerismo son dos aliados de origen y propósitos muy distintos.*

En “El Mal” y en estas notas de homenaje a Chávez, he recordado el papel que me tocó jugar en los momentos previos a la alianza. No me arrepiento. Nuestro país se benefició económicamente del intercambio con Venezuela, más allá de las corruptelas de los coimeros, que deben ser denunciadas y castigadas. No hay salida solitaria para ninguno de nuestros países; ni siquiera para el poderoso Brasil. Los que piensan distinto o están ciegos o están decididos a relajarse en el lecho del violador.

Siempre sostuve que más allá de las realidades nacionales era imprescindible trabajar en serio por la integración regional, como única posibilidad para hacerse escuchar y respetar por Estados Unidos y las potencias europeas. Esa creencia la conservo intacta y aumentada, a pesar de mis diferencias estratégicas con el modelo extractivista y neocolonial que conduce Cristina Fernández de Kirchner.

Los que desde un bando u otro piensan que yo he arrojado mi historia militante al sumidero de la derecha, están profundamente equivocados. Mi crítica sigue siendo de izquierda así tenga lectores, oyentes, amigos, detractores o provocadores de toda laya. En suma: alcahuetes de los dos bandos que insultan y no razonan.

*Tuve el alto honor de ser amigo de Chavez y prestarle un servicio a la causa americana, al propiciar el ingreso de Venezuela al Mercosur cuando nadie hablaba de eso. Ni siquiera el presidente Kirchner.*

Para ir entendiendo las diferencias, empecemos por la actualidad, por la gigantesca movilización popular que llora al líder, al padre que ha perdido. Lloran al primero que los escuchó en serio. Esas muchedumbres, esas colas, esas mujeres que se persignan frente al

ataúd, sólo encuentran parangón histórico en los funerales de Eva Perón que se prolongaron durante quince días. Es un dolor oceánico, con un contenido de clase inocultable: son los condenados de la tierra, los humillados y ofendidos, que bajan de los cerros para despedirse del que los supo entender porque también era moreno y venía de abajo, como ellos.

Quien se solace ante tanto desamparo es lisa y llanamente un hijo de puta.

La publicación de la entrevista que le hicimos en agosto de 1992, en la cárcel de Yare, quería demostrar –precisamente– que Chávez y sus jóvenes compañeros del Movimiento Bolivariano 200, no eran milicos represores y reaccionarios como los argentinos. Que su enfrentamiento con Carlos Andrés Pérez, no nacía de una desviación golpista, sino de su rechazo a reprimir al pueblo venezolano; que el presidente socialdemócrata había aplastado en las jornadas del Caracazo, donde murieron más de dos mil manifestantes.

*Que ese mayor de 38 años fuera instantáneamente popular tiene que ver con la crisis total de la democracia formal venezolana, donde dos partidos, el socialdemócrata Acción Democrática y el democristiano COPEI se repartían la torta de la Venezuela saudita, conformando lo que se llamaba “el cogollo”: una oligarquía política y sindical, excluyente y ladrona, totalmente divorciada de una mayoría de hambrientos y analfabetos.*

Como se puede apreciar en esa entrevista, el joven paracaidista ya esbozaba lo que sería su principal objetivo de gobierno: un nuevo orden social expresado en una constitución que convirtiera en ciudadanos a los que ni siquiera eran consumidores. Aunque todavía no pudiera decirlo, es evidente que ya Chávez apostaba al socialismo. Por esa razón y por las potencialidades que le intuyó, ya en 1994, Fidel Castro fue a esperarlo al aeropuerto José Martí, adonde el paracaidista llegaba de incógnito y en clase turista.

Fidel tiene efectivamente la luz larga: cuatro años después el paracaidista ganaba limpiamente la primera de 14 elecciones impecables y se convertía en Presidente de Venezuela. *Adecos y copeyanos*, palmariamente rechazados por las masas, caían en el basurero de la historia, al mutar de políticos sin votos a espías de la contrainteligencia estadounidense.

Chávez no se convirtió en hijo pródigo, como otros príncipes desagradecidos, y tomó la causa cubana como propia, a sabiendas de que Washington le pondría para siempre bolilla negra. Para Cuba, su llegada al poder resultaba providencial. Tras la implosión de la Unión Soviética con la consiguiente pérdida del suministro petrolero, la Isla había debido atravesar el terrible Período Especial. Ahora, la antigua Venezuela Saudita llegaba al salvataje energético. Cuba, en reciprocidad, aportó de manera decisiva al proyecto social de Chávez organizando gigantescas misiones de salud y alfabetización, que beneficiaron a millones de postergados.

Esta unidad indisoluble entre Chávez y Fidel, colocó al bolivariano en la mira de la oligarquía local que, apoyada por Washington, el Madrid de Aznar y la jerarquía católica, lo arrancó del poder y estuvo a un tris de asesinarlo, en abril de 2002. *Pero la formidable reacción popular contra los golpistas produjo un milagro que nunca se había visto en América Latina: la derrota de los conspiradores y la reposición del bolivariano en el poder.*

*Estamos ahí en presencia de una auténtica gesta heroica de los militantes populares que nada tiene que ver con el indudable éxito electoral del 54 por ciento logrado por Cristina Fernández en octubre de 2011, o la fabricación de militantes rentados en agrupaciones oficialistas como La Cámpora.*

Diferencia crucial en las conductas, que obedece a hondas diferencias de proyectos. Las múltiples organizaciones que se reunieron en el partido chavista, convergen en la idea del socialismo. Moderno y venezolano, pero socialismo al fin. No es lo que ocurre con el Partido Justicialista (peronista) y el Frente para la Victoria, donde coexisten las más diversas posiciones ideológicas. El peronismo, que cambió efectivamente la sociedad en los cuarenta, tuvo luego que tragarse el lopezreguismo fascista y el neocolonialismo de Menem, para llegar al tercer milenio con nuevos arrestos nacionalizadores, que no obedecen a un proyecto programático previo y global, sino a emergencias coyunturales. Hay *nacionalizaciones*, como la de YPF-Repsol, que parecen más destinadas a tapar actos de corrupción o a cambiar capitales

españoles por gringos, que a cumplir con el precepto fundamental de preservar para la Nación una de las fuentes centrales de energía.

*Por supuesto hay diferencias también en los resultados sociales. El chavismo, como el primer peronismo, tiene un carácter fundacional porque incorporó nuevos actores sociales a la escena. El kirchnerismo, en cambio, administra la pobreza y la marginalidad que explotaron en diciembre del 2001. En estos años, particularmente en los primeros de la década, creó más de tres millones de empleos, al calor de un crecimiento asiático del 9 por ciento anual. Pero falló ostensiblemente en la distribución de la riqueza: no achicó la brecha gigantesca entre los más ricos y los más pobres, como sí lo hizo el chavismo.*

Hay, es cierto, una similitud de ambos modelos en materia económica: ninguno de los dos logró cambiar la matriz productiva. Venezuela sigue siendo petróleo-dependiente y Argentina agroexportadora. Pero aún en esa falencia compartida hay diferencias a favor de los bolivarianos: la renta petrolera está absolutamente en manos del Estado y ha servido para el desarrollo social; Argentina se está condenando a un neocolonialismo agrario, minero y “petrolero no convencional”, que no beneficia a las grandes mayorías sino –por caso- a Monsanto, la Barrick o Chevron.

*En ambos países hay repudiables actos de corrupción y personajes que pretenden preservar su poder de manera autoritaria. Eso es innegable y el primero que lo sabe, porque controla las cuentas numeradas de todo el mundo, es la inteligencia norteamericana. La diferencia está en la politización de las masas, en la ideología y el ejemplo que uno y otros les transmitieron a sus respectivos pueblos. Un pueblo instruido puede defender a su gobierno, pero también puede depurarlo.*

Pero todo esto sería casi irrelevante si no fuera por aquellas razones que inmortalizan a Chávez, que lo tornan en un antes y un después en la política de América Latina y la principal es su actitud digna, sin una sola claudicación frente al imperialismo yanqui. Su indudable vocación por levantar a los pueblos en la lucha por una segunda emancipación.

Guardo en mi memoria, para siempre, las escenas del Estadio Mundialista de Mar del Plata en noviembre de 2005, cuando logramos poner en pie el Stop Bush y colocarlo a Hugo en el centro de la escena, como enterrador del ALCA.

**Miguel Bonasso** es un histórico dirigente de la izquierda argentina. Este texto procede del blog personal del autor, en donde fue publicado el pasado 9 de marzo: <http://bonasso-elmal.blogspot.com>



## 6.- Owen Jones: “Chávez fue democráticamente elegido el campeón de los pobres”

Si quieres saber sobre los derechos humanos en Venezuela antes de Hugo Chávez, escribe “Caracazo” en Google, pero hazlo con el estómago preparado. Volviendo a 1989, el entonces Presidente Carlos Andrés Pérez ganó las elecciones con una feroz campaña contra la doctrina del libre mercado: el FMI era “una bomba de neutrones que mataba a la gente, pero dejaba en pie a los edificios”, decía. Pero una vez que se hubo asegurado el palacio presidencial, viró dramáticamente y desató un programa de privatización y terapia del shock neoliberal. Con la supresión de los subsidios al gas los precios del petróleo se dispararon, y los venezolanos pobres salieron a las calles. Los soldados intentaron acabar con las protestas abriendo fuego.

Más de 3.000 personas perecieron, una horrenda cifra de muertos a la altura de la Masacre de la Plaza de Tienanmen, pero en un país con una población 43 veces menor.

Fue el abortado intento de golpe contra el asesino Pérez y su gobierno de rampante corrupción en 1992 el que lanzó a Chávez a la fama. Aunque encerrado, Chávez se convirtió en un icono para los sufridos pobres de Venezuela. Cuando obtuvo una aplastante victoria en 1998 con la promesa de utilizar la riqueza del petróleo para ayudar a los pobres, Venezuela era un desastre. La renta per cápita había colapsado hasta los niveles de principios de los años 60. Uno de cada tres venezolanos vivía con menos de 2 dólares al día. Los ingresos por el petróleo habían sido dilapidados.

En los próximos días escucharemos repetidas veces que Hugo Chávez era un dictador. Un tipo de dictador divertido: había ganado 17 elecciones y referendos desde 1998. Quizá pensarás que los procesos estaban manipulados. Cuando ganó por un enorme margen en 2006, el antiguo presidente de los EEUU Jimmy Carter estuvo entre los muchos que declararon que Chávez había ganado “de forma justa y recta”. En las últimas elecciones en octubre de 2012, Carter declaró que “de las 92 elecciones que hemos monitorizado, diría que el proceso electoral en Venezuela es el mejor del mundo”. Yo estuve allí: quizás pienses que soy de esos izquierdistas occidentales irremediabilmente ingenuos que visitaron las aldeas Potemkin en la Rusia estalinista. Estuve con una comisión electoral independiente, que contaba tanto con pro Chávez como con anti-Chávez, quienes habían sido previamente invitados por la oposición para dirigir sus elecciones internas. Nos reunimos con destacadas figuras de la oposición que arremetían contra Chávez, pero que sabían que vivían en una democracia. Cuando perdieron las elecciones, lo aceptaron.

## Justicia social

De hecho, el propio Chávez ha tenido que aceptar la derrota con anterioridad: en 2007 perdió un referendo, y no se quejó de los resultados. Hasta que él llegó al poder, millones de venezolanos pobres ni siquiera estaban registrados para poder votar. Ahora, las campañas para el registro de votantes casi han duplicado el electorado. Hay 6.000 centros más de votación que en la época anterior a Chávez.

Por otro lado, las credenciales democráticas de muchos de sus oponentes son más que cuestionables. En 2002, un golpe al estilo Pinochet fue lanzado contra Chávez, y solo fue revertido por un levantamiento popular. Gran parte de los medios de comunicación privados incitaron o apoyaron abiertamente el golpe: imagina que Cameron fuera expulsado del N°10 por generales británicos, con el apoyo y la incitación de los noticieros. Pero los medios de comunicación venezolanos están dominados por las cadenas privadas, algunos de los cuales hacen parecer a la Fox News como amables izquierdistas. La televisión estatal podría ser acusada de parcialidad hacia el gobierno, y tal vez por ello tienen una mísera cuota de audiencia del 5,4%. De los siete mayores periódicos nacionales, cinco apoyan a la oposición, y tan solo uno simpatiza con el gobierno.

La verdad es que Chávez ganó elección democrática tras elección democrática a pesar de la hostilidad, a veces enfermiza, de los medios, porque sus políticas transformaron las vidas de millones de venezolanos que antes habían sido ignorados. La pobreza cayó desde cerca de la mitad de la población hasta el 27,8%, mientras que la pobreza absoluta se redujo más de la mitad. Seis millones de niños reciben comidas gratis al día; prácticamente se ha establecido la sanidad universal gratuita; y el gasto en educación se ha duplicado en relación al PIB. El programa de la vivienda lanzado en 2011 construyó más de 350.000 viviendas, permitiendo a cientos de miles de familias salir de las infraviviendas de los Barrios. Algunos de los petulantes críticos extranjeros sugieren que Chávez efectivamente compró los votos de los pobres (como si ganar elecciones mediante la entrega de justicia social fuera una suerte de soborno).

## Alianzas

Esto no quiere decir que Chávez esté más allá de toda crítica. Venezuela era ya un país con el crimen rampante antes de que llegase al poder, pero la situación se ha deteriorado. Alrededor de 20.000 venezolanos murieron a manos de la violencia criminal en 2011: es un número de víctimas inaceptable. Además de las drogas, la casi universal tenencia de armas, el impacto

desestabilizador de la vecina Colombia y una débil (y a menudo corrupta) fuerza policial tienen la culpa. Aunque el gobierno ha comenzado a desplegar una fuerza policial nacional, el crimen endémico es una crisis genuina. Con hablé con venezolanos en Caracas, la aterradora falta de ley y orden fue denunciado tanto por chavistas como por anti chavistas.

Y luego está el tema de algunas desagradables asociaciones extranjeras por parte de Chávez. Aunque sus más cercanos aliados eran sus compañeros de izquierda o centro-izquierda de América Latina democráticamente electos (casi todos ellos defendieron a Chávez de las críticas extranjeras), también apoyó brutales dictaduras en Irán, Libia y Siria. Esto, ciertamente, ha manchado su reputación. Por supuesto, en Occidente no podemos señalar a Chávez por sus indeseables alianzas. Nosotros apoyamos y armamos a dictaduras como Arabia Saudí; al antiguo Primer Ministro Tony Blair se le paga 13 millones de dólares al año por trabajar con la dictadura de Kazajistán. Pero nuestra propia hipocresía no absuelve a Chávez de las críticas.

La llamada Revolución Bolivariana era demasiado dependiente de la propia reputación de Chávez, e inevitablemente su muerte plantea interrogantes sobre su futura dirección. Pero no cabe duda: Chávez fue democráticamente elegido el campeón de los pobres. Sus políticas sacaron a millones de personas de la extrema pobreza y la miseria. Representó una ruptura con años de regímenes corruptos con continuos y terribles historiales de lesiones a los derechos humanos. Sus logros fueron ganados haciendo frente a un golpe de estado, la agresividad de los medios de comunicación hostiles y amargas críticas extranjeras. Demostró que es posible resistir contra el dogma neoliberal que impera sobre la mayor parte de la humanidad. Será llorado por millones de venezolanos – y es comprensible.

**Owen Jones** es un escritor y analista político británico, autor de *Chavs, la demonización de la clase obrera* (Capitán Swing, Madrid, 2013). Este texto fue traducido al castellano por Manuel Alonso y publicado por la revista [Viento Sur](http://www.vientosur.net) (el original, en <http://www.independent.co.uk/voices...>)



## 7.- Mark Weisbrot: El legado económico-social

Una vez Bertrand Russell escribió sobre el revolucionario americano Thomas Paine: “Tuvo fallos, como cualquier otro hombre; pero fue por sus virtudes por las que fue odiado y exitosamente calumniado”.

Esto ha sido verdaderamente cierto en Hugo Chávez Frías, quien fue probablemente más demonizado que ningún otro presidente electo en la historia de la humanidad. Sin embargo, fue repetidamente reelecto por amplios márgenes, y el luto lo llevarán no sólo los venezolanos, sino muchos latinoamericanos que aprecian lo que él hizo por la región.

Chávez sobrevivió a un golpe militar respaldado por Washington y a huelgas petroleras que paralizaron la economía. Pero una vez que obtuvo el control de la industria petrolera, su gobierno redujo la pobreza a la mitad, y la extrema pobreza en un 70 por ciento. Además, millones de personas accedieron al servicio de salud por primera vez, y el acceso a la educación también se incrementó espectacularmente, doblando la tasa de matriculación universitaria y haciéndola gratuita para muchos. El derecho a las pensiones públicas se ha

triplicado. El mantuvo su promesa de campaña al compartir la riqueza del petróleo con la mayoría de Venezuela, y eso será parte de su legado.

También será la segunda independencia de América latina, y especialmente de Sudamérica, la que es ahora más independiente de Estados Unidos de lo que es Europa. Por supuesto esto no podría haber sucedido sin los amigos cercanos y aliados de Chávez: Lula en Brasil, los Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, y otros.

Pero Chávez fue el primero de los presidentes de izquierda democráticamente electos en los pasados 15 años, y jugó un rol muy importante; mire lo que estos colegas dirán de él y encontrará que aquello es mucho más importante que lo escrito en la mayoría de otros obituarios, antiobituarios y comentarios. Estos gobiernos de izquierda han hecho, además, considerables avances reduciendo la pobreza, incrementando el empleo y elevando los niveles de vida en general; y sus partidos también han sido continuamente reelegidos.

Para estos otros líderes democráticos, Chávez es considerado parte de esta revolución de todo el continente que en las urnas transformó a Sudamérica e incrementó las oportunidades y la participación política para las mayorías y minorías anteriormente excluidas.

Es muy probable la continuidad en Venezuela después de la muerte de Chávez, ya que su partido político tiene más de siete millones de miembros y ha demostrado su habilidad para ganar elecciones sin tenerlo a él haciendo campaña durante los comicios locales en diciembre, donde recogieron cinco gobernaciones estatales para ganar 20 de los 23 estados. Es poco probable que las relaciones con Estados Unidos mejoren; el Departamento de Estado y el propio presidente Obama hicieron una serie de declaraciones hostiles durante los últimos meses de enfermedad de Chávez, indicando que no importaba lo que el próximo gobierno hiciese (presumiblemente bajo Nicolás Maduro), pues no había mucho interés por parte de Washington en mejorar las relaciones.

**Mark Weisbrot** es codirector del Centro de Investigación en Economía y Política (Center for Economic and Policy Research - CEPR) en Washington, D.C.

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este *Dossier*, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

[www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info), 10 de marzo de 2013